

Diario de un pianista

Aquel día era uno de los más fríos del invierno. Los copos de nieve se agolpaban en las ventanas que cubrían las vastas cortinas de terciopelo rojo, decoradas con intrincados bordados de rosas doradas. El estudio de música era lúgubre y acogedor al mismo tiempo. Los candelabros alumbraban tenuemente la sala redonda, decorada únicamente con un retrato a tamaño real de mi madre y yo, ella siempre con el pelo castaño recogido en un apretado moño alto y con su mirada clara del color del cielo perdida en sus pensamientos, mientras que yo llevaba el pelo rubio platino engominado y mis ojos grises mostraban más disgusto que encanto. Había un enorme piano de cola en el medio de la sala, encima de una alfombra redonda color granate. La música resonaba en toda la habitación mientras mis dedos acariciaban las notas, que se fundían para crear la melodía.

Aún recuerdo aquel día de invierno, si hubiese sabido que sería el último día de mi vida, tal vez hubiera salido afuera para sentir la nieve en el rostro por primera vez. Siempre había sido un joven enfermizo y mi madre nunca me dejó ver la luz del sol desde el jardín, para que no pudiera enfermarme tan fácilmente. Mi padre se había marchado a la guerra unos meses antes, y nunca supimos nada más de él. Desde que tenía tan solo siete años, mi madre había contratado a un tutor para que me diera la educación adecuada al no poder ir a la escuela. Él fue el que me enseñó a tocar el piano, mi único consuelo ante tanta soledad. Mi familia pertenecía a la burguesía, y mi padre nos había dejado una gran herencia tras su muerte.

Aquella noche de invierno la criada fue a pedirme que dejara de tocar y que me dirigiera a cenar. Abandoné mi melodía y me encaminé al comedor. Fue una cena silenciosa, como tantas otras. Desde la muerte de mi padre, mi madre siempre vestía un vestido largo de color negro adornado con pequeñas flores plateadas, pues después de tanto tiempo, ella seguía de luto. Hablaba poco durante las cenas y me despertaba cada mañana para el desayuno. Yo desayunaba, daba clases con mi tutor, tocaba el piano, comía y volvía a tocar hasta que caía la

noche. Una rutina interminable que convertía mi vida en la de un pájaro dentro de una jaula de oro. Tenía todo el lujo imaginable, pero los barrotes de oro me seguían impidiendo volar hasta mi libertad, lejos de aquella casa y sus muros de piedra.

Después de una breve cena, me despedí de mi madre y subí a mi habitación del piso de arriba, fría y oscura, como el resto de las salas de aquella casa. Lo único que la hacía agradable era un gran balcón que daba al jardín trasero. Aquella noche las estrellas parecían brillar más que otras noches y el balcón estaba cubierto de nieve. Abrí los portones que me aislaban del exterior y dejé entrar por unos instantes la fría brisa de invierno que había cubierto todo con un manto blanco. Volví a cerrar con pesar, pues no me dejaban abrir las ventanas, y me tumbé en mi cama de sábanas celestes y cabecero de madera tallada. En mi mesilla reposaba un viejo libro que solía leer antes de acostarme. Había pertenecido a mi padre. Me dijo que venía de tierras lejanas y que contaba muchas historias de los desiertos. *Las mil y una noches* era mi libro preferido, me recordaba a mi padre y era un consuelo para las penas nocturnas, que acechaban como buitres, esperando a devorar otro trozo de mi alma.

Encendí la vela del candelabro y continué la lectura hasta que Morfeo me alcanzó con su tentador sueño. Apagué la vela, y cerré por última vez el libro de mi padre, aunque no fuera consciente de ello. Para mí, el día siguiente no era más que otro principio de la rueda de mi vida, que no dejaba de rodar con los mismos sucesos diarios. La misma rutina de siempre, nada más. Solo una repetición constante. No recuerdo qué soñé la noche de mi muerte, pero sí recuerdo que llegué a soñar algo. Tal vez esa es la razón de que no me diera cuenta de mi fallecimiento repentino, sin causa, sin enfermedad o malestar aparente. Lo único que sé es que fue la última vez que pude dormir en mi vida, y puede que hubiese debido leer un poco más antes del final.

La luna le dio el paso al sol y la noche al día. Así llegó una mañana como otra cualquiera, solo que esta vez fui yo el que me desperté y bajé a desayunar. No encontré a nadie en el comedor,

ni en el salón en el que mi madre se sentaba a bordar en su sillón favorito al lado de la chimenea. Nadie.

Temiendo que me hubiesen abandonado salí al jardín por primera vez desde que tenía cinco años, pero no sentí el calor de la luz del sol. Allí fue donde encontré a mi madre, al mayordomo, a la criada y a la cocinera; de pie junto al gran sauce llorón que lamentaba la ausencia de mi padre desde el día de su muerte. Me acerqué preguntándoles qué pasaba, sin que ellos me prestaran la menor atención o me dieran alguna respuesta. Fue entonces cuando me percaté de que estaban llorando. Debajo de las tristes ramas del sauce había un ataúd negro, como el piano del estudio, decorado con una pequeña cruz de plata y un nombre escrito en el mismo color: “James Hargreaves”

Recordaba aquel ataúd, era uno de los dos que encargó mi madre para cuando llegara nuestro momento de partir en busca del reino de nuestro señor. Lloraba desconsoladamente y su moño estaba medio deshecho. Le temblaban las manos y las lágrimas empapaban su vestido y la hierba de su alrededor. No podía creer lo que veían mis ojos. Yo estaba allí mismo, a su lado derecho y aun así estaban llorando por mí. Me pregunté si era un sueño o si tal vez me estaba volviendo loco, porque seguía allí. Pensé que al verme afuera mi madre gritaría por haber salido fuera de la casa, como hacía siempre y, sin embargo, era la primera vez que veía que realmente se preocupaba por mí, y no solo por su propio interés como siempre había pensado. Creía que me mantenía “a salvo” para que cuando ya fuera completamente adulto la cubriera de oro, pero allí estaba ella, llorando por una muerte que aún no me acababa creer.

En ese momento me di cuenta de que no estaba respirando, que no estaba sintiendo la brisa en mi rostro o los rayos del sol que se colaban entre las ramas desnudas del sauce, el cual tenía una muerte más por la que llorar al ponerse el sol.

Estaba muerto. Esas palabras llegaron a mi mente como un bofetazo en la cara, de esos de los que mi madre ya era toda una maestra. Toda mi inútil e insignificante existencia había llegado a su fin aquella noche de invierno, cuando aún la nieve cubría la hierba que ahora regaba mi madre de lágrimas. Sentía que el cielo me llamaba, esa dulce promesa tras la muerte segura, pero no podía abandonar a mi madre.

Fue así como, cada noche, a partir de entonces, toqué la misma melodía en el piano. La melodía que salió de mis dedos antes de mi última cena junto a mi madre, tratando así de consolar su pena y gran dolor después de mi inesperada partida.

Recuerdo mi funeral en la pequeña iglesia de la ladera del pueblo. Mucha gente conocía a mi madre y la acompañaron en aquel día de despedida. Vi descender mi cuerpo al lugar donde descansaría por siempre en aquel cementerio de tumbas blancas como la nieve que me acompañó a la muerte. Todo en mi casa era un silencio sepulcral, excepto cuando mi madre lloraba en mi habitación, la cual había dejado tal y como yo la dejé tras apagar la vela. Pensé que algún día superaría mi pérdida, pero nunca lo hizo.

En uno de esos días fue cuando supe que mi madre estaba embarazada de mi padre, el cual le había dejado un último regalo antes de partir unos meses antes. Su nacimiento fue lo más bonito que había visto en la vida o en la muerte, pero por primera vez vi alegría en los tristes ojos de mi madre. Aquella niña se llamaba Anna, y era la niña más bonita que el mundo pudo ver jamás. Sus ojos verdes iluminaban los días lúgubres de la casa y había sacado el color de pelo de mi madre, aunque las ondas de su cabello solo podían pertenecer a mi padre.

Me quedé cuidando de ella, y cada noche le contaba cuentos para que pudiera dormir. Un luminoso día de primavera la vi observándome, como si fuera capaz de verme. No le di importancia, pues los niños pequeños siempre se quedaban mirando fijamente a sitios a los que ninguna otra persona lo haría. Pero todo cambió el día en el que la pequeña Anna le dijo a

nuestra madre que le gustaban mucho los cuentos que le contaba su hermano mayor. Recuerdo cómo los ojos de mi madre se empezaron a llenar de lágrimas de nuevo y cómo le preguntaba dónde estaba yo. Fue entonces cuando señaló el sitio exacto en el que me encontraba diciendo que no siempre era muy hablador y que no sabía por qué tocaba todas las noches la misma canción.

Yo no supe cómo actuar. Mi madre seguía llorando mientras le pedía a la pequeña que le contara todo lo que le había dicho: las historias, las conversaciones..., Mi hermanita le dijo que yo estaba allí para protegerla y hacer feliz a nuestra madre con mi melodía nocturna. Con la libertad que me había dado la muerte, la jaula había abiertos las puertas para que escapara volando, y sin embargo me había quedado en mi prisión de piedra o en la hierba de un jardín prohibido. Nada podía retener mi marcha, ni los muros, ni las puertas, pero mi madre y mi hermana eran tan felices sabiendo que estaba allí con ellas que sencillamente sentí por primera vez lo que era la verdadera felicidad, aunque fuera tras una muerte que aquel día de invierno no sabía que me pertenecía. ¿Una oportunidad?, ¿Un castigo?, ¿Una bendición?, ¿Una maldición? Tampoco tuve nunca la respuesta a aquellas preguntas, lo único que tuve fue una pequeña familia a la que cuidar y proteger a través de lo invisible. A través de la muerte.